

IV. ILUSTRACIÓN FRENTE A ROMANTICISMO EN EL MARCO DE LA SUBJETIVACIÓN MODERNA

Con los apartados anteriores¹ y a pesar del modelo común de filosofía de historia que compartían,² hemos profundizado en la completa diversidad de personalidad, de estilo expresivo y, especialmente, de ideales y vinculaciones socio-culturales de Kant y Herder. Se confirma así un destino que marcó sus vidas y enfrentamientos intelectuales (como ya vimos en la parte primera). Ciertamente aparecen como completamente incomensurables y como dos pensadores tan personales que prácticamente no tienen parangón. Pero también hemos mostrado cómo Kant y Herder son portavoces privilegiados de dos movimientos modernos tan clave como son –respectivamente– la Ilustración y el Romanticismo. Ahora nos centraremos en situar el papel de todos ellos –individuos y movimientos culturales– en la gran deriva moderna que lleva hasta nues-

1. Parte tercera.
2. Véase la parte segunda.

tra contemporaneidad y que está marcada por los avatares del proyecto moderno, su noción de racionalidad y su progresiva profundización en el papel decisivo del sujeto.

IV-1 EL PROYECTO MODERNO: SUJETO Y RACIONALIDAD

En primer lugar debemos definir brevemente lo que cabe considerar como el proyecto constitutivo de la Modernidad (presente en toda ella al menos implícitamente). Lo esencial del proyecto moderno es la asunción del reto de que la humanidad se hiciera completamente cargo de sí misma desde sus exclusivas potencialidades y facultades. Ello comportaba renunciar absolutamente a toda instancia o pretensión que no pudiera ser validada desde lo estrictamente humano, superando: los ideales o prejuicios acríticamente aceptados, la autoridad injustificada, toda tradición impuesta, toda trascendencia que no se desprendiera de la immanencia, etc. Para ello la Modernidad partía esencialmente del sujeto pensante, de su autonomía y de las evidencias que le eran dadas, considerando que sólo desde el sujeto se podía *garantizar su certeza o verdad* en función de un *método riguroso*. Y el esencial objetivo final era la *emancipación* humana de todas sus *servidumbres* exteriores (a la naturaleza, las inclemencias y las dificultades para *asegurarse* una vida digna) o interiores (superando la *barbarie, esclavitud, dominio y violencia* a que los humanos se someten mutuamente) para *garantizarse así la libertad, la felicidad y la paz*. Para ello, en general, se reconocía la necesidad de llevar a cabo una radical *revolución o regeneración*—al menos— de la sociedad, de sus instituciones e, incluso, del propio ser de la humanidad.

Naturalmente, el debate aparecía y las diferencias se presentaban irreconciliables cuando se trataba de concretar el detalle: ¿cómo podía darse tal *garantía de certeza*, cuál era el *método* correcto o el adecuado *criterio de rigor*? Aún más, aparecían radicales divergencias cuando se trataba de decidir: ¿cuál era y cómo se conseguía tal *emancipación o seguridad*? ¿Hasta qué punto era inevitable lograrla tomando la naturaleza como *enemigo a batir*? ¿Qué realmente hacía *digna la vida*? ¿Cuáles eran los límites precisos de la *barbarie* y la *esclavitud*? ¿Cuál era la necesaria cantidad mínima de *dominio y violencia* que inevitablemente se había de aceptar para *garantizar la libertad, la felicidad y la paz*? Así como ¿cuál era el verdadero sentido y concepto de tales aspiraciones? ¿Cómo y hasta qué punto llevar a cabo la *revolución o regeneración*? ¿Qué instituciones de la sociedad cambiar y en qué dirección? Y ¿qué parte del ser propio de la humanidad es posible y legítimo modificar?...³

Por todo ello, el debate llegó a afectar a las que parecían las grandes herramientas del proyecto moderno: el sujeto, la razón y el conocimiento científico. En contra del tópico, el debate no era partir o no del sujeto, no era razón sí o no, ciencia sí o no; sino más fina y precisamente hasta qué punto fiar y basar todo el proyecto moderno (entendido como el esencial para la humanidad) exclusivamente en la evidencia autónoma del sujeto pensante y de dominio,

3. Algún aspecto (como este último) puede parecer exagerado pero creemos haber mostrado a lo largo del libro que es esencial al debate Kant-Herder e Ilustración-Romanticismo. Ellos anticipan claramente las polémicas actuales, como la muy reciente entre Sloterdij y Habermas, si bien ahora el contexto contemporáneo las hace mucho más acuciantes por el aumento infinito de las actuales posibilidades de intervención (por ejemplo la ingeniería genética).

en una razón cada vez más reducida a meramente instrumental y en el modelo de conocimiento científico. Es desde aquí donde la oposición Ilustración y Romanticismo adquiere su verdadero valor, así como su relación con movimientos modernos anteriores como el Racionalismo, el Empirismo, el Fideísmo o el Escepticismo, y movimientos posteriores como el Idealismo, el Historicismo, el Positivismo, el Utilitarismo, el Vitalismo, el Pragmatismo, el Existencialismo...⁴

Como veremos, el conflictivo debate entre Ilustración y Romanticismo es tan importante porque concentra un momento clave de la Modernidad y de toda la evolución humana: cuando el punto de partida moderno en el sujeto absolutamente autónomo y subsistente parece entrar en colisión con el propio ideal de racionalidad y científicidad. Se trata del trágico momento en que, la gran esperanza del proyecto moderno que lo fiaba todo en la potencia autónoma del sujeto, descubre con sorpresa y angustia que éste se ha desbocado o desatado poniendo en peligro las esperanzas que en él habían sido depositadas. Y esta trágica conciencia no es sólo patrimonio del Romanticismo sino que también se da en la Ilustración, como lo atestiguan los pensamientos de Rousseau, Diderot o el propio Kant.

En este tan decisivo momento, la subjetividad pensante y agente ha quedado tan potenciada, ha devenido tan determinante e indiscutible, que amenaza con romper el enlace «objetivo» con el mundo, con todo valor «esencial»

4. Por ejemplo, Berlin (2000, p. 184) afirma que el «movimiento existencialista francés» «es el verdadero heredero del Romanticismo», y no duda –como tantos otros– en vincular a éste también con el fascismo del siglo XX.

y «universal». Entonces amenaza ruina el complejo equilibrio establecido a inicios de la Modernidad y que fundamenta el enlace entre sujeto y objeto –entre el ente pensante y el ente pensado–. Ahora, la subjetividad parece quedarse sola, trágicamente escindida del mundo y de las otras subjetividades. Parece que ya sólo se tiene a sí misma hasta el punto de que, no teniendo otro patrón ni modelo, todo le es ya posible y nada le es ya vedado o sagrado. Entonces todo sentido, valor o verdad aparecen como contingentes y relativos a la acción y ambición de ese sujeto absolutizado. Toda realidad u ontología parece reducirse a ser obra y creación de ese sujeto y sus ambiciones. Finalmente, la imposibilidad de todo Sentido y todo Valor amenazan concluir la llamada «muerte de Dios», cuando el hombre (mejor dicho su subjetivación o su «mera» razón) ha ocupado el lugar del «absoluto», al precio –según parece– de una desorientación dramática y de avanzar trágicamente en el largo proceso hacia el nihilismo.

Pero vayamos por partes. El gran conflicto y drama moderno que ejemplifica maravillosamente el enfrentamiento entre Ilustración y Romanticismo (pues sintetizan su núcleo) es el choque de los dos grandes ideales modernos –racionalidad y subjetivación– que, sin duda, no son patrimonio exclusivo de ninguno de esos dos movimientos. Racionalidad y subjetivación están íntimamente ligadas pues la Modernidad adquiere plena conciencia de sí sólo, cuando Descartes explicita su condición, al descubrir que la racionalidad del mundo sólo puede ser fundamentada rigurosamente a partir del sujeto pensante. Desde en-

tonces, conscientes de que cualquier otra alternativa conlleva un realismo injustificable, racionalidad y sujeto se dan la mano y parecen avanzar en una alianza tan profunda como exitosa. Podemos decir que se han encontrado y nada podrá vencerles... mientras vayan unidos.

Precisamente por eso, la potente racionalidad nacida de la revolución científica busca incansablemente —a través tanto del Racionalismo como del Empirismo— fundamentarse desde el sujeto pensante y sus evidencias. Por una parte tiene como gran valedor el impresionante éxito de una «nueva ciencia» cada vez más estructurada matemáticamente, confirmada por una más versátil experimentación y con unas aplicaciones técnicas más poderosas y de mayor alcance social. Pero, por otra parte, la racionalidad moderna tampoco puede prescindir de preguntarse por el sujeto que en última instancia lo valida todo (y al que considera su verdadero fundamento). La Ilustración bebió intensamente del sueño científico moderno, su racionalidad es en gran medida aliada y complementadora de la científica. De Voltaire a Kant, pasando por Hume (que quiso ser el Newton de las ciencias morales o humanas), D'Alembert o el wolffismo en ningún momento podía olvidar (a pesar de las críticas puntuales) la ciencia moderna, pues en ella veía el modelo superior de racionalidad y la gran esperanza para la humanidad si se extendía eficazmente a otros ámbitos. Por otra parte la Ilustración buscaba compaginar su perspectiva crítica (que sitúa al hombre como sujeto autónomo) con la ciencia que más bien tendía a tratarlo analíticamente como mero objeto.

Los románticos, en cambio, no podía estar de acuerdo ni con la perspectiva estrictamente materialista de las

ciencias humanas de —por ejemplo— *El hombre máquina* de La Mettrie,⁵ ni en el naturalismo de Hume. Este último era acusado de negar la sustancialidad del yo y de haber roto la unidad humana, pues presenta al conocimiento, las pasiones y la emotividad, o a la ciencia y la ética como incoherentes e irreducibles entre sí. Para los románticos la ciencia objetivizante y analítica rompía con la unidad vital del ser humano (además del vínculo con la sociedad y la Naturaleza) y, sobre todo, impedía concebirlo como un sujeto activo y libre que se expresa (expresivismo herderiano) coherentemente en todo lo que hace, dice o conoce.

Eso explica que una gran parte del pensamiento filosófico (no sólo los románticos) no pudiera aceptar la deriva de la tradición científica que cada vez era más estrictamente positivista y meramente analítica. Podemos situar la ruptura de la fructífera alianza filosófico-científica entre sujeto y racionalidad (que se había dado en el XVII) cuando los discípulos de Newton extendieron el «sueño newtoniano» y su modelo matemático-experimental de ciencia a la totalidad de los ámbitos cognoscitivos. Entonces se impuso cada vez más el ideal de una «ciencia sin metafísica» que consideraba mero «filosofema» a toda reflexión sobre el fundamento incondicionado y sobre el papel constituyente del sujeto. Esta escisión ciencia-filosofía se radicalizó

5. Muy significativamente, La Mettrie (1709-1751), que era médico, reivindica como el método más adecuado para analizar al hombre el de la anatomía y la fisiología. No tiene ningún problema para hablar del «alma de fango» humana y, como destaca Foucault, interpreta la educación en términos de adiestramiento y ortopedia. Además tanto él como Hume tienden a negar o relativizar la diferencia entre la humanidad y el resto de los animales.

con el final de la Ilustración y –aún más– del Romanticismo, provocando que se perdiera un cierto equilibrio al que –en su diversidad– estos movimientos todavía aspiraban.

IV-2 ¿REVOLUCIÓN ROMÁNTICA, ASALTO A LA RAZÓN?

La cuestión es si la ruptura de todo equilibrio moderno entre subjetivación y racionalidad se da ya en y por el Romanticismo, o bien sólo después del fin de este movimiento. Aunque lo matiza mucho, el gran historiador liberal de la ideas que es Berlin (fascinado por la ruptura entre Ilustración y Romanticismo) parece decantarse por la primera tesis. Berlin, que habla explícitamente de «revolución romántica», da la mayor importancia a Hamann y, especialmente, a Herder.⁶ Por su parte, el gran estudioso marxista de Goethe y del Romanticismo que es Lukács, parece decantarse por la segunda tesis. Sitúa «el asalto a la razón» más bien hacia el final del Romanticismo. Aunque la intuición intelectual de Schelling estaría en el origen del irracionalismo, éste sólo explotaría más tarde y proviene del estadio «imperialista» del capitalismo.⁷

Como vemos, las diferencias entre las tesis de Berlin y Lukács son tan importantes como sus divergencias ideológicas. Pero ello no ha hacernos olvidar que, significativamente, ambos estudiosos parten y consideran decisivos en esta gran ruptura moderna a los pensadores y al marco socio-cultural alemanes de alrededor de 1789 (coetáneos por

6. Por ejemplo, Berlin, 1995, p. 290. Véase también Berlin, 2002, pp. 339 y 345.

7. Lukács, 1976, por ejemplo la «Introducción».

tanto de la Revolución francesa). Éste es también el marco central de nuestro análisis y por ello debemos analizar el papel de Kant y Herder (también de la Ilustración y el Romanticismo) en esta ruptura tan significativa y que, Berlin y Lukács,⁸ plantean a veces de manera apocalíptica. Dedicaremos a ello el resto de nuestro libro.

Significativamente, el primer gran estallido romántico –el «Sturm und Drang»– se produce dentro del complejo conglomerado de Estados que constituía por entonces el mundo alemán y que se caracterizaban por su notable retraso social, económico-liberal, científico y técnico. Pero, en cambio ese mismo mundo alemán era una gran potencia demográfica, con un gran número de intelectuales imbuidos de la mentalidad esforzada y trabajadora del Calvinismo.⁹ Además muchos de estos pensadores eran hijos de pastores protestantes si bien, todos sin excepción, estaban marcados por la fe volcada en la propia subjetividad interior del Pietismo y por la confianza en el «libre análisis»

8. Por su parte, Blumenberg considera que el Romanticismo nace a partir del momento en que «han surgido dudas sobre si la ilustración, la razón y la ciencia están, en absoluto, en condiciones de rellenar el lugar en el sistema que antes ocupaban los mitos y ahora ha quedado vacante por la crítica de éstos. Ciertamente es que el mundo ilustrado es un mundo desmitificado. Pero si bien en él está asegurada la supervivencia del hombre, parece que no puede satisfacer la necesidad de sentido y de amparo que éste siente. Por eso se produce la rebelión del Romanticismo contra la Ilustración. Los románticos, con un gesto casi altanero, proclaman en contra de la ilustración que “no todo lo que no ha pasado por el control de la razón es un engaño” (AM, 69). La remitificación del mundo adquiere la urgencia y la militancia propias de una tarea que debía haberse hecho ya». Citado por Wetz, p. 89.

9. Max Weber formuló esta tesis enfatizando su importancia básicamente para el desarrollo del capitalismo y el «racionalismo» modernos, pero podemos extenderla también al desarrollo filosófico en torno al Romanticismo y el Idealismo alemán.

que Lutero había reclamado respecto de las Escrituras. Por tanto, –como dice Hegel– aunque la Ilustración podía parecer lejana, en cierto sentido la Reforma protestante había anticipado ya una de las grandes aspiraciones ilustradas: la autonomía en el pensar.

Así, la intelectualidad alemana de finales del XVIII –tratada todavía como simples siervos, pero llena de gran confianza especulativa– compensa su situación social claramente subordinada con una ambición intelectual extrema. Es común (como hace por ejemplo Herbert Marcuse en *Razón y revolución*) relacionar aquella explosión subjetivista y especulativa con el contraste entre la represión interior en que vivían y su admiración por los avances del extranjero, el más radical de los cuales era la Revolución francesa. Por ello, la consigna de los intelectuales alemanes, tan menospreciados por la aristocracia dominante como impelidos por el convencimiento de la grandeza de su tarea especulativa, fue llevar a cabo en el mundo de las ideas y de la cultura¹⁰ la revolución que los franceses realizaban en el campo político.

Ambas revoluciones habían de estar basadas en la libertad y en el reconocimiento de la primordialidad del sujeto humano, que habían de subordinar incluso el interés contemplativo o cognoscente a su naturaleza esencialmente ac-

10. Para ellos, en que predominaba la perspectiva idealista, la prioridad de las ideas y la posición del sujeto pensante, no era algo secundario sino, al contrario, esencial pues era la auténtica condición del triunfo duradero de la revolución política. Así cuando la contrarrevolución se impuso en Francia y retornó la monarquía borbónica, la mayoría de estos filósofos (por ejemplo Hegel) argumentaron que aquella revolución había fracasado por no haberse basado en la revolución subjetiva y de las ideas que ellos sí habrían realizado.

tiva, creativa, constitutiva, en tanto que artista y voluntad. Ambas revoluciones habían de poner de manifiesto, pues, que el mundo, la Naturaleza, las instituciones sociales, el Estado, eran algo sometido e incluso creado totalmente por y para el sujeto. Sólo así la conciencia, los ideales, los valores y los radicales intereses humanos se podrían realizar efectivamente, culminando el proyecto emancipatorio moderno que quería convertir al hombre en señor de la totalidad, precisamente partiendo desde el foco de su subjetivación. Aquí podemos ver algunos de los motivos socio-culturales del salto «subjetivista» en el mundo alemán y en el Romanticismo.

Ahora bien –siguiendo análisis como los de Horkheimer y Adorno a *La dialéctica de la ilustración*– tampoco podemos olvidar otros factores anteriores. Así, por ejemplo, la «voluntad ingobernable»¹¹ que Berlin ve como el peligroso salto que lleva al irracionalismo posterior tiene, ciertamente, una clara genealogía romántica pero también ilustrada e –incluso– se enraíza en el siglo XVII. Ciertamente, desde entonces el sujeto fue imponiéndose y no sólo en tanto que sujeto pensante sino, cada vez más, en tanto que sujeto agente y globalmente creativo. Por ello podríamos remontarnos a Descartes o incluso al tardomedieval Ockham. Pues, desde entonces resulta finalmente destruido el viejo ideal del *lógos* cósmico griego (que ya había recibido muchos golpes), como algo previo e independiente a la acción configuradora del sujeto. Sin duda estamos ante un largo proceso que sólo en sus etapas finales lleva a la imposición desatada de la subjetividad creativa

11. Berlin, 2000, p. 160.

que todo lo reduce a expresión suya. Y, ciertamente, debemos esperar a la rica y polimórfica filosofía de la historia de Herder para que resuene claramente la idea de que «no hay una estructura de las cosas. No hay un modelo al que debemos adaptarnos. Existe, solamente, un flujo: la interminable creatividad propia del universo».¹²

IV-3 PARTICIPACIÓN DE ILUSTRACIÓN Y ROMANTICISMO EN EL MODERNO PROCESO DE SUBJETIVACIÓN

Parece indiscutible, pues, que el Romanticismo representa tanto una profundización en la subjetivación moderna como una gran rebelión respecto la ciencia y su racionalidad analítica. Ahora bien, parece excesivo culpabilizar en exclusiva el movimiento romántico, concentrando en él todas la consecuencia negativas de un largo proceso que abarca prácticamente toda la Modernidad, antes de él e, incluso, mucho después de él. Sin ir más lejos, indudablemente la Ilustración representa una clara radicalización de la subjetivación como componente esencial del proyecto moderno.

Ciertamente, Kant piensa su famosa «revolución copernicana» sobre la base de que el sujeto trascendental im-

12. Berlin, 2000, p. 160 o 183. Berlin insinúa incluso que esta deriva subjetivista conlleva en el Romanticismo más extremo la superación misma de su presupuesto moderno (el sujeto): «la voluntad y el hombre como acción, como algo que no puede ser descrito ya que está en perpetuo proceso de creación; y no es posible siquiera decir que está creándose a sí mismo, ya que no hay sujeto, sólo hay movimiento». Sería posible pues que Herder anticipara tesis del tipo de la «historia como proceso sin sujeto» de Althusser.

pone al objeto sus condiciones (de intuición sensible, de representación conceptual y de síntesis global a través de ideas). Además y muy significativamente, la ética (que es para Kant el interés y maravilla supremos del ser humano) está basada en la preponderancia absoluta del momento subjetivo, pues el yo se autopone como legislador.¹³ Sin ninguna duda la subjetivación es el elemento clave de la moralidad kantiana, pues debe ser absolutamente autónoma e independiente de cualquier condición objetual o circunstancia externa. Por eso mismo, la cuestión de la moralidad atañe en exclusiva sólo a la intención con que se actúa, pero no al resultado efectivo —quizás no querido— de los propios actos. Remite exclusivamente a la sinceridad y coherencia de la propia actitud, además de a la absoluta autonomía con que se escoge la propia «máxima» moral. A diferencia del tipo de moralidad dominante hasta entonces, la kantiana no se basa en la subordinación respecto a los valores socialmente establecidos, pues ello comportaría la dejación de la propia libertad, de la autonomía y de la responsabilidad moral en favor de la sumisión a lo heterónimo.

Además, Kant define lo esencial de su época y la primordial tarea de la Ilustración precisamente como el pleno devenir sujeto por parte del hombre. Para ello éste tiene que ser no sólo señor del mundo sino, sobre todo, señor de sí mismo, liberándose de sus impulsos animales y de todo despotismo intelectual. *«La ilustración es la liberación del*

13. En la *Crítica de la razón práctica* (p. 48) dice: «Semejante independencia [de la ley natural de causalidad], empero, se llama *libertad* en el más estricto, es decir, trascendental sentido. Así, pues, una voluntad, para la cual la mera fórmula legisladora de la máxima puede sola servir de ley, es una voluntad libre».

hombre de su culpable minoría de edad. Tal *minoría* significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. [...] *¡Sapere aude!* ¿Ten el valor de servirte de tu propia razón!: he aquí el lema de la Ilustración.»¹⁴ La novedad que aportaba la Ilustración era, por tanto, un salto cualitativo en el devenir sujeto del hombre, en la prioridad de la subjetivación por encima de lo dado y de lo institucionalizado. Conscientes de ello, los conservadores antirrevolucionarios siempre culparon de la violencia de la Revolución francesa a los ideales ilustrados,¹⁵ especialmente este nuevo «orgullo» de juzgarlo y disponerlo todo desde la propia subjetividad.

Ya los mismos ilustrados, también obviando muchas veces la importancia de las circunstancias y las opresiones «reales», coincidían en responsabilizar del estallido revolucionario sobre todo a la influencia de las nuevas ideas. Por eso no es extraño que ya a finales del XVIII se destacara detrás y por encima de los ideales ilustrados a la indocilidad de una nueva subjetivación que tenía el atrevimiento de pretender juzgar el mundo y las instituciones desde sí misma. Naturalmente el peligro era entonces confundir libertad con libertinaje, la interioridad subjetiva con la auténtica verdad y el libre pensamiento con apartarse de los cimientos de la sociedad, socavarlos y hacerlos caer. Aún más, en su deriva subjetivante, la Ilustración incluso llega a volver contra sí misma el ácido de la crítica y del libre pensamiento. Entonces indudablemente, también colabo-

14. *¿Qué es ilustración?*, p. 25.

15. Evidentemente, olvidaban su propia responsabilidad en las hambrunas previas, en la tiranía aristocrática o en el mal gobierno y en la bancarrota de la monarquía.

ra en la autodestrucción interna del proyecto moderno: «La primera Ilustración había socavado el antiguo orden teológico/metafísico, había derribado sus viejos altares e instituciones, destruido supersticiones y miedos ancestrales para poner en su lugar a la Razón o a la Humanidad; pero luego, encelada en su crítica, se dirige contra sus propios ídolos y acaba también destruyendo escépticamente su propia fe en la razón».¹⁶

Éste es un aspecto de la Ilustración que muy rápidamente perciben Herder y el Romanticismo, y al que quieren encontrar enmienda. Ahora bien, es también indudable que esos mismos románticos escandalizados por la creciente escisión ilustrada de los individuos respecto a la sociedad o del hombre respecto de la Naturaleza, también participan e, incluso, radicalizan el punto de partida subjetivista moderno. En ellos lo primordial es la radicalidad con que se reconoce y se apuesta (incluso violentamente) por la propia autenticidad. Parece como si, en el Romanticismo, el moderno impulso a devenir sujeto último de todo tiñera completamente la globalidad de mente y cuerpo, provocando ese profundo emotivismo y exaltado sentimentalismo que es uno de sus aspectos más manifiestos y reconocidos. Ya Schiller distingue la poesía romántica o «sentimental» por ser subjetiva y autoconsciente frente a la poesía «ingenua» o clásica que es directa y objetiva. Por eso Isaiah Berlin cuando trata de definir la «revolución romántica» siempre apunta a esa preponderancia de lo subjetivo, ese volcarse en la propia subjetividad como lo único verdadero o auténtico,

16. Pedro Cerezo, 2003, p. 51. En este muy reciente libro se trata el «conflicto endémico al mundo moderno entre Ilustración y Romanticismo» en la vertiente del pensamiento español de finales del XIX.

con una radicalidad teñida de desesperación que todavía y a ese nivel era desconocida para los ilustrados apenas unas décadas antes (salvando a ese anfibio ilustrado-romántico que es Rousseau).

Seguramente en este mayor énfasis de lo subjetivo que se manifiesta en el Romanticismo y en Alemania es de gran importancia la influencia de la interpretación de la religión como un diálogo íntimo entablado en el fondo de la propia conciencia. Está potenciado por la subjetivación tan típica de la Reforma luterana y después radicalizada por el Pietismo que tanto influyó en Herder, pero también –si bien con importantes reticencias– en Kant. En todo caso, aunque exagerando un poco en su formulación, tiene razón Berlin¹⁷ al decir contundentemente: «Los valores a los que [los románticos] asignaban mayor importancia eran la integridad, la sinceridad, la propensión a sacrificar la vida propia por alguna iluminación interior, el empeño en un ideal por el que sería válido sacrificarlo todo, vivir y también morir. [...] el sentido común, la moderación no entraba en sus pensamientos; creían en la necesidad de luchar por sus creencias aún con el último suspiro de sus cuerpos, en el valor del martirio como tal, sin importar cuál fuera el fin de dicho martirio. Consideraban a las minorías más sagradas que las mayorías, que el fracaso era más noble que el éxito pues este último tenía algo de imitativo y vulgar. La noción misma de idealismo, no en su sentido filosófico sino en el sentido ordinario del término, es decir, el estado mental de un hombre que está preparado para realizar

17. En las Conferencias A. W. Mellon que pronunció en 1965. Berlin, 2000, pp. 27ss.

grandes sacrificios por un principio o por alguna convicción, que se niega a traicionarse, que está dispuesto a ir al cadalso por lo que cree, debido a lo que cree; esta actitud era relativamente nueva. La gente admiraba la franqueza, la sinceridad, la pureza del alma, la habilidad y disponibilidad por dedicarse a un ideal, sin importar cuál fuera éste». Además, como recalca inmediatamente Berlin: «Sin importar cuál fuera éste [ideal]: *eso es lo importante*».¹⁸

Para los románticos lo decisivo no es el valor o ideal querido, sino el cómo y el por qué se quiere, la actitud con que se quiere; es decir si el propio querer es más o menos «auténtico» en el sentido de más cercano e idéntico con el propio y subjetivo sentir y vivir. Piensan que tradicionalmente se terminaba dando preponderancia a lo socialmente predeterminado o al objeto al que se aspiraba, subordinándole y haciendo dejación de la propia decisión del sujeto. Así, casi inevitablemente se acababan siguiendo valores ajenos y subordinándose a lo heterónimo, lo cual era para los románticos la más terrible traición.¹⁹

Como vemos, la relativa novedad del Romanticismo es una mayor y más radical preponderancia de lo subjetivo sobre lo objetivo que, eso sí, destruye el inestable equilibrio que la Ilustración luchaba por mantener. Ahora y más exaltadamente, se privilegia la autenticidad de la decisión por encima de la objetividad, de la universalidad o de la «respetabilidad» de lo decidido. Por ello Berlin²⁰ relaciona la actitud romántica con la de aquel que, ante su adversa-

18. La cursiva es nuestra.

19. Como, por otra parte, ya estaba claramente afirmado en la ética kantiana.

20. Berlin, 2000, p. 29.

rio o quien defiende un ideal contrario al propio, es capaz de decir: «Poco importa lo que piensa esta gente, lo importante es el estado mental con el que creen en esto, que no se hayan traicionado, que hayan sido hombres íntegros. Ésta es la gente a la que puedo respetar. Si se hubieran pasado a nuestro bando simplemente por salvarse, esto habría sido una forma de acción demasiado egoísta, demasiado prudente, demasiado despreciable».

IV-3-1 Necesidad de expresión y creatividad

Sin duda tanto la Ilustración como el Romanticismo, Kant y Herder, tienen un papel decisivo en la genealogía del largo proceso a través del cual el sujeto moderno finalmente se desata y rompe con todo equilibrio. Berlin ve un salto cualitativo muy importante en tal dirección con tres doctrinas básicas de Herder. En primer lugar²¹ la del «expresionismo» o «expresivismo», pues «Herder sostenía que una de las funciones fundamentales de los seres humanos era expresarse, hablar; en consecuencia, cualquier cosa que hiciera el hombre expresaba su naturaleza. Si no lo hacía plenamente era porque él mismo se atrofiaba, o se refrenaba, o le colocaba alguna traba a su energía natural».

Es indudable que –para Kant y la Ilustración– el sujeto también se expresaba, pero esa expresión, cuando era adecuada, no hacía sino manifestar la universal y común racionalidad de la humanidad. Por ello no hacía falta profundizar propiamente en la necesidad de expresión y su

21. Berlin, 2000, pp. 86ss.

particularidad, lo importante era calibrar hasta qué punto ésta había conseguido enlazar con lo racional y universal. Pero para Herder y el Romanticismo, ya no está tan claro que la expresión auténtica y libre del sujeto (máximamente si es fiel a su singularidad, es decir más bien al conjunto de su sentir que no a las reglas del razonar) sea estrictamente homologable con el conjunto de su sociedad y, aún más, de la humanidad. Entonces lo decisivo pasa a ser la necesidad misma de «expresión» y, cada vez más, en términos de autenticidad y sinceridad subjetiva,²² cada vez más independiente de la corrección y homologación intersubjetiva.

Entonces, significativamente, lo humano pasa a ser interpretado bajo la metáfora del arte y del artista, los cuales ya han superado la *mimesis* o el estadio de la copia, para pasar a ser creadores. Ya no son meros imitadores de las apariencias sino, sobre todo, expresión de su manera subjetiva, personal y idiosincrásica de vivirlas. En esta cada vez más extrema valoración de lo creativo en el sujeto, el Romanticismo inaugura la preocupación por lo no consciente. Pues la capacidad creativa y expresiva del sujeto es infinita, de tal manera que nunca puede identificarse totalmente con sus manifestaciones, con sus obras u formas concretas. Por ello, los románticos buscarán cada vez más en el sujeto creador aquel impulso proteico y, por tanto, todavía informe de lo que infinitamente busca expresarse, pero no puede satisfacerse ni identificarse con ninguna expresión concreta. Así, muchos románticos anticipan el concepto freudiano del **inconsciente**, al cual otorgan el máximo valor pues es el ori-

22. Ya en gran medida perceptibles en Kant, sobre todo en su pensamiento sobre la religión.

gen expresivo y punto de partida creativo de todo. De esta manera el Romanticismo trasciende en su visión del arte y del artista el ideal clásico de la «obra bien hecha» y «perfectamente acabada», para buscar precisamente el momento creativo mismo aunque sea balbuceante o sólo esbozado, incompleto, imperfecto, inacabado y meramente insinuante.²³ Ciertamente los románticos buscan sobre todo el hábito creativo mismo y la infinita sugerencia, aunque se den de manera imprecisa.

Podemos rastrear esta idea ya en torno de la dualidad de lo bello y lo sublime teorizada por Shaftesbury, Burke o Kant, pero —sólo con Herder²⁴ y el Romanticismo— lo valorado como «artístico» o «genial» ya no es el arte objetivado en una obra de diáfana y clara belleza, sino lo que permite entrever la sublimidad del esfuerzo del sujeto por expresarse. Aunque no consiga un resultado plenamente concluso (y muchas veces precisamente por ello), lo artístico es cada vez más la propuesta arriesgada y subjetivamente radical que conmueve y puede ser de alguna manera continuada por las subjetividades de quienes lo admiran y participan en su «acción», desplazando el ideal de obra acabada que tan sólo se ofrece a la contemplación pasiva.

Ciertamente, y mucho más allá del ámbito estrictamente artístico, a partir del Romanticismo (pero en cohe-

23. Berlin (2000, p. 140) se pregunta lo que podía significar «profundidad» para los románticos y termina concluyendo que básicamente remite a «lo inagotable, lo inabarcable».

24. Berlin (1995, p. 271) no duda en afirmar que «Herder es el verdadero padre de la doctrina de que la misión del artista, es por encima de cualquier otra, testimoniar en su obra la verdad de su propia experiencia interna.» Aún más —dice (p. 276)— Herder siempre «creyó que todos los hombres tienen algo de artistas».

rencia con el proyecto moderno) el gran reto es conseguir mostrar cómo desde la interioridad y espontaneidad del sujeto se construye y valida toda la realidad. En adelante, todo lo humano, la cultura, el arte, los valores e ideales no son sino obra del impulso creativo de los individuos y grupos humanos (especialmente los calificables como «genios»). La historia humana no es entonces sino esa inacabable tarea de creación y expresión, con la cual la humanidad culmina una fuerza presente incluso en la naturaleza inanimada. «Vivimos en un mundo creado por nosotros mismos», proclama Herder.

Naturalmente, así deviene problemática la confianza (tan fuerte todavía en los ilustrados) en la unidad, universalidad y coherencia de las creaciones humanas, de las culturas y de las épocas. Con antecedentes tan ilustrados como Montesquieu y Voltaire, ahora se manifiesta la creciente necesidad de usar conceptos tan etéreos —para decirlo de alguna manera— como «espíritu» del pueblo, de las naciones, del «tiempo», etc., que anticipan conceptos actuales de gran uso entre historiadores como son los de «mentalidad» o «civilización».

Herder anticipa la gran dialéctica hegeliana que piensa toda la historia humana como un infinito e inagotablemente rico esfuerzo de expresión, por el cual el sujeto sale de su intimidad y se realiza en algo objetivo. En un segundo momento dialéctico, esta objetivación representa una inevitable «alineación» pues toda auténtica expresión no es algo fácil y ausente de conflicto. Al contrario, toda profunda y «efectiva» creación comporta un salto de lo subjetivo a lo objetivo, que dificulta reconocer lo abstracto e ideal de la intención en lo concreto y real del resultado. Por ello,

sólo en un tercer momento –dirá Hegel también siguiendo a Herder– lo subjetivo inicial podrá reconciliarse con lo efectivamente realizado, en tanto que fruto de un compromiso dialéctico entre el proyecto mental y las condiciones concretas con que éste ha de vérselas para dejar de ser meramente «ideal» y pasar a ser real efectivo. Ahora bien, más radicalmente que Hegel, Herder apuntará con tales ideas a la riqueza e incommensurabilidad de las expresiones y subjetividades humanas. Una nueva perspectiva –a la vez angustiosa y fascinante– se abre el paso así: las más profundas y valiosas creaciones humanas, precisamente por ser «expresión» de lo idiosincrásico, son radicalmente incommensurables e incomparables entre sí. Entonces aparece la conciencia de que «los ideales –los verdaderos ideales– son con frecuencia incompatibles y no pueden conciliarse».²⁵

Entonces si los ideales, valores, aspiraciones y presupuestos de las culturas y pueblos no son plenamente integrables en una unidad y coherencia estricta, la humanidad parece condenada a expresarse en una diversidad de grupos o civilizaciones distintos. Se tambalea el ideal tradicional e ilustrado de humanidad²⁶ basado en una muy clara y simple identidad, unidad y coherencia. El Romanticismo quiere sustituirlo por un concepto mucho más complejo, rico, versátil y variable,²⁷ y no entienden que a los ilustrados les parezca simplemente que lo destruyen. Ciertamen-

25. Berlin, 2000, p. 86.

26. Seguramente por ello Herder siente la necesidad de redactar su extensa y ambiciosa obra *Cartas para el fomento de la humanidad* en cinco recopilaciones de 1793 a 1797.

27. Díaz-Urmeneta (1993, p. 29) habla de la reivindicación del «valor de la experiencia diferenciada de las culturas históricas».

te los románticos tienen potentes argumentos: con su concepto de humanidad, la Ilustración simplemente habría extendido su etnocentrismo a nivel mundial (por los viajes, el colonialismo, la imposición europea), culminando así una vieja tendencia a que cada pueblo o grupo se identificase como la humanidad y considerara sus valores como los propios de la humanidad. La Ilustración habría hecho como esos pueblos primitivos cuyo gentilicio sirve también para designar (sin escándalo alguno) a la humanidad misma; eso sí, lo habría llevado a cabo de manera mucho más sistemática, hipócrita, violenta e indiscutiblemente amplía y eficaz.

El Romanticismo pone un especial énfasis en cuestionar la identificación de Ilustración y humanidad. Desde la negación de la universalidad de la primera y con una más rica y versátil definición de la segunda, cambian los conceptos de pertenencia²⁸ a un grupo o a la humanidad, así como la relación de los grupos con respecto a ésta. La humanidad pasa a ser una unidad compleja como corresponde a una especie cuya esencia se basa en la libertad y en la creatividad, y cuyos miembros expresan de formas infinitamente variadas su omnipresente subjetivación. La humanidad no es para el Romanticismo un concepto cerrado, sino en devenir, pues es abierto y busca infinitamente completarse. Para el Romanticismo, la humanidad, como la Naturaleza y la vida, es algo tan amplio y complejo que no se deja reducir a ninguna de sus formas concretas y parciales por potentes o hegemónicas que sean.

28. La tercera gran aportación de Herder según Berlin (por ejemplo, 1995, pp. 262ss).

IV-4 ILUSTRACIÓN Y ROMANTICISMO A LA BÚSQUEDA DE UN IMPOSIBLE EQUILIBRIO

Como vemos, el Romanticismo representa un paso más en el largo proceso moderno de subjetivación, en el cual por otra parte también interviene decisivamente la Ilustración. Ahora bien, como el Romanticismo (al menos como período histórico concreto) se superpone y sucede a la Ilustración (también como período) parece cargar en mayor grado, sino en exclusiva, con las consecuencias negativas de todo el proceso moderno. Naturalmente ésta es una perspectiva tan fácil como simplista y errónea. Para constatarlo basta con recordar que, precisamente, a partir de las críticas que se lanzaron entre sí la Ilustración y el Romanticismo se han consolidado dos importantes corrientes de pensamiento, que tienden a repartir las responsabilidades. Aunque, no exageramos si reconocemos que las más de las veces se limitan a acusar de todos los males contemporáneos o, al menos, de su génesis moderna a uno u otro de esos dos movimientos. Pues habitualmente, cada corriente piensa que el movimiento que han escogido casi como «chivo expiatorio» habría sido el principal culpable del desequilibrio indudable que ha presidido el siglo XX y parece que presidirá el inicio del siglo XXI.

Así se acusa a la Ilustración de ser el origen del individualismo desbocado, de la crítica radical e incansable que inevitablemente lo subvierte todo (incluso a sí misma), de fiarlo todo en la ciencia y en su versión básicamente técnica y pragmática de la racionalidad, de elevar un ídolo en la idea del progreso al cual se inmolan las tradicionales virtudes humanas, de iniciar la cruenta batalla del imperialismo

político-cultural basándose en la superioridad etnocéntrica de Europa, de escindir el ser humano y sus facultades tratándolo de una manera meramente analítica y como un objeto más, de desacralizar el mundo haciendo imposible toda armonía espiritual en él y con él, de sólo pensar en el dominio de la Naturaleza y de los propios hombres...

Por su parte, el Romanticismo es denostado por antropomorfizar las colectividades tratándolas como si fuesen sujetos con personalidad propia dando pábulo a los peores excesos del nacionalismo y a los distintos fascismos, de ofrecer una visión básicamente emotiva y sentimental del ser humano que aplasta toda la tradición racionalista anterior, de construir una visión del ser humano donde los valores morales aparecen como meras represiones de la propia libertad y «genialidad», de una visión entre ingenua y retrógrada que propugna el «retorno a las cavernas» y a un «estado de naturaleza» que nunca existió, de fiarlo todo en «impulsos irracionales», de promocionar una actitud ante la vida que se basa en el «lloriqueo» y en el resentimiento porque el mundo no es como los románticos se merecen...

Curiosamente detrás de todas estas críticas aparentemente tan opuestas, subyace una consecuencia común tanto a la «revolución» ilustrada como a la romántica: tanto una como otra harían inevitable la infelicidad humana propugnando ideales imposibles y que contravienen el orden tradicional de la existencia. Ambas se han atrevido a remover las tranquilas aguas y los «eternos» principios humanos llevando a cabo un proyecto absolutamente subversor sin haber reflexionado suficientemente sus terribles consecuencias inesperadas. Tanto los ilustrados como los románticos han sido igualmente acusados, pues, de «aprendices de

brujo» que, llevados por su inagotable ambición e inconsciencia, abren la «caja de Pandora» liberando todos los males. De esta manera, conducidos precisamente por una desafortunada esperanza, en última instancia acaban privando de ella a la humanidad.

Ciertamente parece que detrás de los indudables errores concretos que sin ninguna duda cometieron tanto la Ilustración como el Romanticismo, el principal defecto de ambos sea el haber apostado a fondo por sus ideales, desarrollando y radicalizando la esencia misma de la Modernidad: definir un proyecto emancipatorio y regeneracionista de la humanidad, rompiendo con una parte del pasado —que habría devenido caduco— y construir sobre el presente (y algún aspecto tradicionalmente menospreciado de lo antiguo) un nuevo mundo, un «tiempo nuevo»²⁹ y una «edad moderna» con renovadas esperanzas para la humanidad.

Además, tanto la Ilustración como el Romanticismo fueron conscientes (o al menos lo fueron sus pensadores más profundos como son sin duda Kant y Herder) de muchos de los peligros que acechaban detrás de sus ideales. Por eso siempre e incansablemente batallaron por definir un sabio equilibrio entre los pros y contras de sus ideas, para que no se cumpliera el trágico destino de que, cuando el hombre

29. Por eso ya en su momento (*nova aetas*), en alemán (*Neuzeit*) y en otras lenguas se denomina así el período histórico moderno. R. Kosellek (*Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, 1993) ha analizado brillantemente este aspecto, si bien por otra parte H. R. Jaus («Tradición literaria y conciencia actual de modernidad» en *La literatura como provocación*, Barcelona, Península, 1976) ha mostrado contundentemente que la dialéctica mencionada entre «antiguos y modernos» es muy antigua (de hecho el término «modernus» está atestiguado ya en el s. v).

quiere construir el cielo en la tierra, inevitablemente lo convierte en su infierno.³⁰ Sin duda, y como veremos ahora brevemente, esta incansable búsqueda de un equilibrio, que hoy casi nos parece imposible, marcó profundamente el pensamiento de ilustrados y románticos. Y cabe decir que a nuestro juicio, precisamente en la incesante búsqueda de ese equilibrio, tanto unos como otros se acercaron a él de una manera que la posterioridad no sólo no ha podido igualar sino que cada vez añora más desesperadamente.

Analizado en profundidad el pensamiento kantiano, podemos ver que en él (y como culminación de una aspiración esencial a la Ilustración) se da el más perfecto equilibrio entre los ideales modernos del sujeto y la racionalidad. Aparentemente se da ahí un cierto «círculo lógico» o «vicioso» pues la racionalidad queda validada por y desde el foco crítico del sujeto, a la vez que éste debe constituirse y validarse gracias a aquella racionalidad. Sin duda, cuando Kant define la Ilustración³¹ a partir del imperativo «¡ten valor para usar tu *propia* razón!», la está determinando dentro de la filosofía del sujeto moderna. **Exige que se ejerza la racionalidad humana desde la independencia y autonomía personal e individual.** Como había dicho un poco antes, se ha de ejercer el propio «entendimiento sin la guía de otro», es decir guiarse en primer lugar y de manera exclusiva por la propia facultad que, por definición,³² es

30. El amable lector reconocerá aquí una adaptación del famoso aforismo del *Hiperión* de Hölderlin.

31. Sin duda mezclando la noción del movimiento histórico dieciochesco con la de tendencia humana eterna y universal.

32. Y, por tanto, sin caer en un averroísmo (que consideraría al entendimiento o función intelectual superior como común y compartida por toda la humanidad), como le acusará el propio Herder.

singular y personal, particular de cada uno. Por tanto, Kant está reivindicando poner la propia subjetivación por encima de cualquier objetividad que no se haya validado por y desde una racionalidad que, a su vez, se valida por la «íntima y privada» subjetivación o la personal facultad del entendimiento. Toda institucionalización, pues, tiene que ser «criticada»³³ (para ser aceptada si procede) desde el juicio llevado a cabo por la facultad intelectual de cada uno.

Visto desde aquí, Kant parece caer en el subjetivismo³⁴ sumo (y seguramente así se lo parecería a un griego clásico o a un medieval), pero debemos hilar más fino. No podemos olvidar que para Kant la racionalidad, por mucho que tenga que validarse desde la propia facultad personal y particular (podríamos decir desde nuestro cerebro físicamente distinto a cualquier otro), remite en su ejercicio a un funcionamiento y a unas normas que son universales o, al menos, intersubjetivos, universalizables, objetivables, generalizables... Por tanto, en realidad Kant está reclamando –en sabio (aunque quizás inestable) equilibrio– que cada individuo que se pretenda ilustrado, desde su personal facultad de razón, determine³⁵ la validez racional y universal de todo lo dado (en especial la tradición y las instituciones político-culturales). Será en función de esta íntima valoración de lo dado, que cada individuo deberá actuar en con-

33. En el sentido etimológico que usa Kant de: juzgada, valorada, delimitada, calibrada.

34. Y por supuesto, del individualismo liberal y moderno.

35. Se supone que –como recalca Descartes– al menos una vez en la vida, pues hay que evitar caer en la continua reiteración de un proceso sisífico sin fin.

secuencia (si bien se presupone la universalidad e intersubjetividad ya que los entendimientos individuales funcionarían de manera homologable). Por tanto cada individuo deberá ejercer el uso público de la razón cuestionando los defectos percibidos y proponiendo posibles soluciones al conjunto de la humanidad.

Significativamente, Kant como la mayoría de los ilustrados se muestra notablemente confiado en la potencialidad de la razón para alcanzar un acuerdo intersubjetivo universal, una vez que ésta ha tomado «valerosamente» (según dice) las riendas del conjunto de las facultades y ha dominado a los impulsos animales, las pasiones, las supersticiones, las fantasías, los prejuicios, los bajos instintos e, incluso, a los sentimientos, las emociones y la imaginación. Pues todos ellos se le presentan como distorsionados del perfecto ejercicio de la razón y los principales causantes de sus yerros.

Como vemos, los ilustrados fundamentan sus ideales de libertad y racionalidad en una concepción del sujeto pensante y agente que se supone capaz de validarlos autónomamente desde sí mismo, consiguiendo –precisamente gracias a ello– que tengan valor y vigencia universales. Profundizando una idea surgida con el iusnaturalismo, piensan que la superstición, el secular error, los prejuicios, la idolatría de la tradición y los dogmas de la autoridad sólo pueden ser superados si se someten a la auténtica naturaleza humana, mediante el férreo y racional análisis crítico del sujeto pensante que reflexiona con plena libertad. Por lo tanto, para la Ilustración la más plena y autónoma libertad de pensamiento (que Kant significativamente identifica con la del raciocinio, oponiéndola a cualquier irreflexi-

va y meramente idiosincrásica³⁶ expresión) es el camino o «método» más directo hacia lo universal, lo racional y lo común a toda la humanidad.

Como vemos, en la Ilustración todavía hay un claro (aunque quizás inestable) equilibrio entre individualidad y universalidad, entre lo particular o específico y lo común o general. En ella, el subjetivismo e individualismo, esencialmente presentes en el proyecto moderno, todavía se equilibraban con la universalidad, que es garantizada por el ejercicio intersubjetivo de una razón libre del «despotismo intelectual» o de la distorsión de otras facultades humanas. Para Kant, sólo la razón puede conseguir este equilibrio tan perfecto como fácilmente amenazado, pues la razón y sólo ella es la facultad de la verdad, del conocimiento y del acuerdo intersubjetivo.

Ahora bien, este equilibrio ilustrado, más buscado que no plenamente conseguido, mostrará toda su inestabilidad y debilidades a los ojos de los románticos. Pero éstos, lejos de simplemente negar absolutamente la posibilidad de tal equilibrio, lo que intentan es definir uno nuevo, ahora sí «perfecto» (aunque con posterioridad podemos verlo como quizás aún más inestable que el ilustrado).

Si por una parte los románticos radicalizan e, inevitablemente, pervierten el ideal kantiano e ilustrado de «autonomía de la razón», interpretando más «subjetivístamente» la noción de «autonomía» y poniendo en cuestión el universalismo de la «razón». Por otra parte, su objetivo primordial

36. Recordemos que ya etimológicamente la raíz «idio» –individual– es la que se utiliza para términos como «idiota» que denotan falta de capacidad plena para usar la propia razón (el ideal de la Ilustración según Kant) y alcanzar así perspectivas universales.

es evitar que la razón aisle «al hombre de su propia experiencia individual y [pretenda] establecer leyes universales para todos los hombres en su calidad de tales, de cualquier tiempo y lugar». ³⁷ Es decir, quieren evitar que a través de la abstracción que inevitablemente lleva a cabo la razón, se escinda la humanidad de su realidad concreta y existencial, y se imponga un «lecho de Procusto»³⁸ del todo artificial y violentador de su verdadera naturaleza. Por ello, el Romanticismo –con Herder al frente– reconsiderará el ser humano y generalizará al conjunto de las facultades humanas uno de los parámetros esenciales de la Ilustración,³⁹ que ésta sólo reservaba a la razón: la autonomía, la independencia y su capacidad de ser insobornable juez último.

Piensan que la razón⁴⁰ no puede escindirse totalmente del resto de lo humano y, aún menos, tiranizarlo o despreciarlo. La naturaleza humana es un organismo complejo donde todo se da unido solidariamente y, por tanto, la razón no puede ejercerse con total desconexión (y aún más si es olvido o dominio) de las facultades valorativas, sensitivas, emotivas, imaginativas, de la decisión, etc. Tampoco puede ejercerse completamente más allá de la experiencia real y vital concreta de cada individuo, así como de todos los vínculos innatos o construidos –de manera inevitable– a lo largo de su vida. Pues todo ello conforma la propia y

37. Berlin 1997, p. 166.

38. Mítico bandido griego que torturaba a sus víctimas «adaptándolas» al tamaño de su lecho, ya sea cortándoles la parte sobrante o estirando forzosamente sus miembros hasta alcanzar tal longitud.

39. Básicamente compartido con la práctica totalidad de los movimientos racionalistas anteriores.

40. Tanto la facultad individual como la racionalidad construida y compartida colectivamente.

personal naturaleza, carácter, condición, sus esenciales circunstancias,⁴¹ su ser, su subjetividad...

Desde la perspectiva de los románticos, Kant y gran parte de la Ilustración tienen un planteamiento claramente analítico que distingue y contrapone, más que vincula y sintetiza. Así, la Ilustración tendería a mantener muy contrapuesta la escisión sujeto-objeto y a identificar con lo humano exclusivamente a la razón, que sería lo único que lo constituiría y lo haría sujeto.⁴² En consecuencia, y Kant lo toma como su personal máxima del imperativo categórico, lo humano nunca puede ser determinado como objeto.⁴³ En contraposición, Herder⁴⁴ y el Romanticismo tienen un planteamiento más bien sintético que analítico, buscando siempre la conciliación y unidad que equilibre o subordine todas la diferencias.

Precisamente desde esta perspectiva romántica que considera el momento sintético como superior al analítico (al que subordina, pero no elimina) hay que analizar su crítica a la ciencia de la Ilustración. Al respecto es muy significativo el llamado *Primer programa de sistema del idealismo alemán* que fue redactado por Hegel, Hölderlin o Schelling⁴⁵ alrededor

41. Por eso Ortega insistirá más adelante en que «yo soy yo y mis circunstancias».

42. Véase la oposición «dualismo versus monismo», apartado III-2.

43. Ello comporta no instrumentalizar al hombre o lo humano. Como dice en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (p. 84): «El imperativo práctico será, pues, como sigue: *obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin y nunca solamente como un medio*».

44. En esto Herder es claramente también un antecedente claro del Idealismo alemán.

45. La autoría (así como las influencias recibidas, por ejemplo de Sinclair y su grupo de prorrevolucionarios) no está definitivamente fija-

de 1796 en contacto directo con el gran impulso romántico. Allí no se rechaza la ciencia –en la época ejemplificada por la física matemático-experimental newtoniana– sino que se propone su superación subordinándola a la especulación (como exigía la *Naturphilosophie* alemana): «Quisiera prestar de nuevo alas a nuestra física que avanza dificultosamente a través de sus experimentos. Así, si la filosofía da las ideas y la experiencia provee los datos podremos tener aquella física en grande que espero de las épocas futuras. No parece como si la física actual pudiera satisfacer un espíritu creador».⁴⁶

La tendencia armonizadora del Romanticismo también se manifiesta claramente en su búsqueda incesante de la conciliación y síntesis entre la dualidad sujeto y objeto. Los románticos se niegan a considerar ambos polos como irreconciliables, así como a identificar en exclusiva uno sólo de ellos con lo humano. Un objetivo común de los románticos era conseguir que la humanidad superara tal escisión, a la vez que la oposición entre la razón y las otras facultades. Mientras el Romanticismo siempre piensa dentro de un cierto monismo, busca incansablemente la síntesis y resalta la continuidad entre las dualidades; por el contrario, la Ilustración se verá abocada inevitablemente a un profundo dualismo al forzar la contraposición y la distinción entre lo humano y lo animal, entre la razón y las otras facultades, entre el sujeto pensante y el objeto pensado.

A pesar del enorme esfuerzo llevado a cabo por la Ilustración para mantener el equilibrio entre la prioridad del sujeto y la intersubjetividad garantizada por la razón, el Ro-

da aunque es indudable que el manuscrito conservado está escrito por la mano de Hegel.

46. Hegel, *Escritos de juventud*, México, FCE, 1978, p. 219.

manticismo pone de manifiesto la inestabilidad histórica de ese equilibrio. Argumentan que la relación impuesta por la Ilustración entre la conciencia e interioridad con lo objetivo y exterior era represiva de la auténtica expresión de la subjetividad humana, a la vez que reducía el mundo o la Naturaleza a mero objeto sólo tratable de forma analítica y como objeto de dominio. Por ello parece excesiva, pues se trata sólo de una parte de la verdad, la acusación de que el Romanticismo rompe el equilibrio ilustrado a base tan sólo de potenciar desmesuradamente la fuerza y creatividad de la subjetividad. Si bien hay aquí un aspecto cierto, también lo es por contra que los románticos sacralizan la organicidad del mundo y que destacan por su gran respeto ante la Naturaleza. Siempre se niegan a tratarlos como un mero objeto entregado al total dominio –inevitadamente técnico, como diría Heidegger–, sino que los piensan como un organismo, sólo en armonía con el cual, puede desarrollarse lo humano.

Los románticos eran muy conscientes (de hecho son el primer movimiento que lo destaca a fondo) del peligro inherente al privilegio desaforado del moderno sujeto de dominio. De ahí la angustia y anhelo que sienten por reinstaurar la comunidad y enlace entre sujeto y objeto, entre yo y mundo, entre lo particular o singular y lo universal, entre individuo y todo, entre sociedad y Naturaleza, entre microcosmos y macrocosmos... Éste era su más ambicioso ideal y lo denominaron: *ben kai pan* –uno y todo–. Herder (tanto como Hölderlin) aspira a retener y vivir profundamente este ideal que la deriva de la Modernidad va haciendo cada vez más imposible. Por eso tiene razón Berlin⁴⁷

47. Berlin, 1995, p. 198.

cuando dice que «la *idée maîtresse* obsesiva [de Herder] sería el concepto de la unidad en la diferencia, más que el de las diferencias de la unidad».

Pero ciertamente en la evolución del siglo XIX en adelante se impone en general la tradición más objetivante y reductivamente tecnológica de la razón, provocando que el ideal romántico de unificación se presente cada vez más difícil y condenado al fracaso. Los románticos más lúcidos y desengañados ya lo intuyeron así, de ahí su mayor desespere. Finalmente desalentados, terminan decantándose por una desequilibrada radicalización de la subjetivación moderna, donde cualquier ideal de equilibrio aparece cada vez más imposible. Pero, tienen razón cuando acusan de esta escisión sobre todo a la Ilustración (a su visión de la razón, del hombre y de la relación de dominio con el mundo), pues es lo que más decisivamente va rompiendo los restos de armonía que quedaban todavía del mundo griego. Así Schiller dice en sus *Cartas para la educación estética de la humanidad*:⁴⁸ «Se ha roto la unidad interna de la naturaleza humana; una fatal hostilidad opone unas a otras sus armoniosas fuerzas. El intelecto intuitivo y el especulativo, hoy enemigos, reclúyense en sus respectivos territorios, cuyas fronteras han empezado a guarnecer envidiosos y desconfiados. Limitando nuestra actividad a una esfera determinada, nos hemos dado un amo despótico, que a menudo suele acabar por oprimir las restantes potencias del espíritu».

Por ello una gran parte del Romanticismo (y Herder por supuesto) asume como la gran tarea de la época reconstruir una nueva síntesis que no acompleje al hombre mo-

48. Carta VI, pp. 28s.

dero frente al griego. En el Romanticismo es muy amplio y potente el anhelo por compatibilizar la autonomía radical de la propia subjetivación con el enlace y comunión con lo supraindividual, ya sea la Naturaleza, la sociedad, el pueblo, la historia o, incluso, la vida. Ese anhelo, en cambio, tiende a desfallecer sistemáticamente en momentos posteriores. Tiene razón Taylor⁴⁹ cuando afirma que en el Romanticismo vuelve a tener vigencia el viejo ideal renacentista de que el hombre –en tanto que microcosmos– refleje y se refleje en la totalidad del universo –en tanto que macrocosmos–. Pero significativamente ese viejo ideal, que parecía totalmente olvidado durante el racionalismo⁵⁰ del XVII y la Ilustración, cae en el más absoluto descrédito con posterioridad al Romanticismo. Como vemos, el Romanticismo tiene también (o, al menos, aspira) a un equilibrio, si bien claramente diferenciado del ilustrado; pero lamentablemente ambos se manifestarán históricamente muy inestables.

Con un anhelo entusiasta que va paralelo a la gran desesperación en que caen al sentirse fracasar, los románticos buscan un nuevo equilibrio que recomponga –piensan– lo que la Ilustración rompió. Ese equilibrio renovado debe armonizar ni más ni menos que: individuo y colectividad, razón y sentimiento, hombre y Naturaleza, entendimiento y voluntad, alma y cuerpo, poder y vida, sujeto y objeto, análisis y síntesis... Con ello, el Romanticismo lleva a cabo la reivindicación global de las facultades humanas (oponiéndose a su represión o negación) y el reconocimiento, también más global y profundo que nunca an-

49. Taylor, 1983, p. 29.

50. Salvando la peculiar monadología leibniziana.

tes,⁵¹ de todas las determinaciones naturales, históricas y culturales de los seres humanos. Incluso hay que añadir como un importante elemento en esta dirección: el descubrimiento de la lingüística humana y de la conciencia lingüística que llevan a cabo Herder⁵² y el Romanticismo, pues ven en el lenguaje la dimensión más determinante pues es, incluso, ontológicamente previa a la razón.

Ciertamente, con todos los factores brevemente reseñados, el principio moderno del sujeto se radicaliza notablemente, adquiriendo plena carta de naturaleza en la sociedad y la cultura toda una amplia serie de elementos individualizadores, singularizadores, subjetivadores e idiosincrásicos. Así –ya superado totalmente el equilibrio ilustrado, basado en el dominio absoluto de la razón– parece desbocarse el subjetivismo moderno en la medida que la diversidad y la proliferante riqueza de lo humano amenazan imposibilitar todo nuevo equilibrio (ahora propiamente romántico) con la necesaria unidad de la humanidad y universalidad de la razón.

Kant, agudamente, percibe este salto ya en el estilo y en la filosofía de Herder. Por ello, en sus recensiones de las *Ideen*, los denuncia como falta de rigor, así como un salto arbitrario y no justificado racionalmente desde la más singular subjetividad a lo colectivo, a lo humano e, incluso, a la Naturaleza cósmica. Ciertamente, Kant intuye en el, por otra parte, moderado Herder (pues los románticos posteriores serán

51. Ciertamente con ello también desarrollan algunas ideas ilustradas, pero sin duda van mucho más allá que, por ejemplo, Montesquieu y su reivindicación del clima y las condiciones geográfico-históricas.

52. Véase su temprana obra (1771) *Ensayo sobre el origen del lenguaje*.

en este aspecto mucho más radicales) un pensamiento que se fundamenta excesivamente en la idolatría de la propia subjetividad; es decir que es peligrosamente «idíolatra» pues adora excesivamente la propia persona y lo subordina todo a su subjetividad. Pero (seguramente tanto por el enfrentamiento personal como por la incompatibilidad entre Ilustración y Romanticismo) olvida que en Herder hay todavía un equilibrio (seguramente tan bello como inestable) basado en el expresivismo. Sin negar la típica subjetivación moderna, sino al contrario pensándola desde nuevos conceptos de «expresión», «pertenencia» y «comunidad orgánica», Herder consigue explicar la integración espontánea de los individuos con los pueblos y culturas, sin —a la vez— disolverlos totalmente en ellos. Por eso Herder es de hecho un antídoto en contra del fascismo, y tiene razón Charles Taylor⁵³ cuando dice: «Herder no sólo es el fundador del nacionalismo moderno, sino también de uno de los principales baluartes contra sus excesos, el individualismo expresivo moderno».

Ahora bien para Kant y los ilustrados el salto romántico, aunque busque un nuevo equilibrio y que radicalice un subjetivismo moderno ya presente en la misma Ilustración, amenaza peligrosamente la unidad de la humanidad y la universalidad de la razón. Por ello lo rechazan y también por ello no lo pueden comprender, pues para los ilustrados la reivindicación del sujeto pensante, de su autonomía y capacidad crítica, de su libertad de pensamiento y de expresión, no tenía otro sentido que garantizar el triunfo de la universalidad de la razón. Para la Ilustración, individualismo, subjetivación y libertad sólo eran condiciones

53. Taylor, 1983, 16.

necesarias para que triunfara a través de ellos la igualdad, universalidad y fraternidad humanas, es decir lo común y compartido por la humanidad. Por ello a los propios ilustrados les eran profundamente incómodas (aunque probablemente fascinantes) las derivas presentes en la obra final de Rousseau, en el *Sobrino de Rameau* de Diderot⁵⁴ y, ya no digamos, en el *Marques de Sade*.⁵⁵ Aquí, anticipando el más radical Romanticismo, el desarrollo de ideales tan ilustrados como individualismo, subjetivación y libertad ya amenazan con romper la inteligibilidad racional, la aparente comunidad de los grupos humanos, el sentido común establecido y la tradicional imposición del sentir colectivo por encima del sentir individual.

54. Esta ambigua relación de desprecio y fascinación se nota permanentemente en todo el texto de Diderot (cito por la edición de Barcelona, Bruguera, 1983), como ya se ve en la presentación (p. 22) del «sobrino»: «uno de los personajes más extravagantes de este país en el que Dios ha sido tan pródigo. Es un compuesto de altura y bajeza, de sentido común e insensatez. Muy extrañamente mezcladas ha de tener las nociones de lo honesto y lo deshonesto en su cabeza; ya que exhibe las buenas cualidades que la naturaleza le otorgó, sin ostentación, y las malas, sin pudor». Sin duda esta ambivalencia proviene (como dice Félix de Azúa en la introducción) de que en Diderot hay ya «un Rameau subterráneo esperando aflorar» (p. 9) y que ese «desdoblamiento de Diderot [en el sobrino] era la aplicación racional y sistemática del programa ilustrado» (p. 15). Aquí yace la dificultad del texto y los motivos de su general incompreensión: de una manera epocalmente muy nueva, Diderot está profundizando o desatando su subjetividad (según sea la filiación más prorromántica o proilustrada de los interpretes). Como confiesa Diderot (p. 21): «Converso conmigo mismo de política, de amor, de arte o de filosofía. Abandono mi espíritu a un libertinaje completo. Le permito que siga la primera idea que se presente, sea sabia o necia, tal y como vemos en la alameda de Foy a nuestros jóvenes disolutos seguir la huellas de una airosa cortesana [...] Mis ideas: ésas son mis amantes».

55. Véase Gonçal Mayos «De Sade o la subversión de/en la Ilustración» en *Daymon, Revista de filosofía*, 1993, n.º 7, pp. 89-102.

IV-5 ¿EL SUJETO DESATADO?

Vemos, pues, que dentro del complejo desarrollo de la moderna filosofía del sujeto heredera de Descartes, tanto la Ilustración como el Romanticismo juegan un papel clave hacia la progresiva acentuación de los procesos de subjetivación. Por ello ambos movimientos participan en la deriva subjetivista moderna, si bien también ambos buscan un posible equilibrio entre sujeto y objeto, entre subjetivo y objetivo, entre yo y mundo, que evite el desbocamiento de tal deriva. Desde esta perspectiva ambos muestran fidedignamente su pertenencia a la Modernidad como cosmovisión de cosmovisiones, pues enlazan fielmente con el esencial proyecto moderno de privilegiar y partir del sujeto para fundamentar tanto el conocimiento como la acción humanos. Mientras que, por otra parte, hay entre ellos diferencias absolutamente esenciales y de enormes consecuencias en todos los ámbitos. Y ciertamente, el Romanticismo⁵⁶ (con Herder al frente) da un paso en la subjetivación más allá de Kant y la Ilustración, haciendo imposible el sabio equilibrio que éstos buscaban.

Ciertamente con el salto romántico, o mejor dicho con el fracaso de su intento de nuevo equilibrio, todo parece haber cambiado de repente y eso a pesar de que Kant, con su teoría de la incondicionalidad del sujeto legislador en moral, ya sienta las bases de tal deriva. La objetividad de la racionalidad científica, técnica e, incluso, pragmático-social deja de ser refrendada por y desde el sujeto. Por ello éste deja

56. En lo que Berlin (2000, por ejemplo p. 85) denomina «violenta doctrina de afirmación personal que constituye el centro del *Sturm und Drang* alemán».

de ser visto en primer lugar y básicamente como «sujeto pensante», sujeto que se caracteriza primordialmente por saber y conocer a través de una racionalidad universal, estable y objetivamente expresable. Ahora pasa a ser sobre todo sujeto volitivo, agente, creador, impulsor, profundamente emotivo... Sobre todo es amante de su infinita creatividad y –considerando que la niega y amenaza con inmovilizarla– es sistemáticamente despreciador de todo lo fijo, quieto, estable, objetivo, finito... ¡aunque lo haya creado él mismo! Aún así, lo identifica con lo muerto y considera que es la muerte de la vida del sujeto que sólo puede ser entendida como cambio, movimiento, metamorfosis y creación.

La racionalidad (al menos sus productos ya dados por definitivos) pasa a ser entonces una manifestación ya muerta de la actividad imparables del sujeto, deja de ser su íntima aliada para devenir en gran medida una losa que le impide continuar siendo lo que es: sujeto. Esto es lo que finalmente quedará para la posteridad de la valoración romántica por el genio,⁵⁷ el artista, el creador, el poeta, etc. Resulta lo que Nietzsche llamó una «metafísica de artista» y que no es sino una radicalización de la subjetivación moderna, de la potencia del sujeto ya sin el equilibrio de la razón y en clara oposición con todos sus logros –el del absoluto dominio tecnológico en primer lugar–. Taylor⁵⁸ ve así la amenaza que se avecinaba: «La libertad radical sólo parecía posible al costo de un apartarse de la naturaleza, de una división de mí mismo entre razón y sensibilidad, más radical que nada que hubiese pensado la materialista y utilitaria Ilustración, y por tanto

57. Del que se piensa que se debe únicamente a sí mismo y no a los farisaicos valores de su sociedad.

58. Taylor, 1983, p. 22.

una separación de la naturaleza externa, de cuyas leyes causales el hombre libre debe ser radicalmente independiente, [...] El sujeto radicalmente libre era arrojado de vuelta a sí mismo, [...] y a una decisión en que los otros no tenían cabida.»

Por ello, Berlin⁵⁹ ve como el primero de los dos principios del movimiento romántico a «la noción de la voluntad ingobernable: que el logro de los hombre no consiste en conocer los valores sino en crearlos. Creamos los valores, los objetivos, los fines, y, en definitiva, creamos nuestra propia visión del universo, exactamente del mismo modo en que los artistas crean sus obras. [...] No hay imitación, adaptación, aprendizaje de reglas, comprobación externa, ni una estructura que debemos comprender y a la que debemos adaptarnos antes de obrar. El núcleo del proceso consiste en la invención, en la creación, en el hacer, literalmente de la nada, o de cualquier material del que se disponga». También en tal dirección considera como el segundo principio romántico: «no hay una estructura de las cosas. No hay un modelo al que debamos adaptarnos. Existe, solamente, un flujo: la interminable creatividad propia del universo». Es decir, se ha destruido totalmente el equilibrio racional ilustrado que, en tanto que heredero todavía del *logos* cósmico griego, presupone una legalidad objetiva de la naturaleza y de la humanidad que se nos da en tanto que sujetos racionales. Pero también se ha destruido o ha fracasado el anhelo romántico de un nuevo equilibrio más profundo, duradero y auténtico.

Finalmente, con la agonía del Romanticismo más ambicioso, ya sólo quedará pensar el sujeto como absolutamente previo y diverso de toda concreción u objetividad

59. Berlin, 2000, pp. 160s.

ya constituida. La propia razón será considerada también un elemento más de lo inauténtico, lo farisaico, lo mortecino, lo banal... Siempre recordando la gran crítica romántica a una razón separada y menospreciadora del resto de facultades (sentidos, sentimiento, imaginación, pasiones, genio...), se irá mucho más allá del espíritu romántico (y por supuesto de Herder) estigmatizando totalmente la razón, vilipendiándola, ridiculizándola...

Como vemos, se ha pasado del «cogito ergo sum» al «volo ergo sum»,⁶⁰ si bien la profunda vinculación entre uno y otro –aunque la intuirán muchos románticos– no se hará del todo explícita hasta que Nietzsche (profundizando la gran intuición schopenhaueriana de *El mundo como voluntad y representación*) identifique la «voluntad de saber» como uno de los aspectos clave de la «voluntad de poder». Si bien, como hemos visto, Herder y el primer Romanticismo que todavía no ha cedido al fracaso, vivencian todo esto de una manera mucho más compleja y ambivalente. Todavía no renuncian a descubrir o construir un nuevo equilibrio entre yo y mundo, sujeto y objeto, entre subjetivación y racionalidad intersubjetiva.⁶¹ Por ello, normalmente los románticos (y Herder es un buen ejemplo) experimentan

60. Díaz-Urmeneta (1997, pp. 27s, siguiendo Berlin) afirma que con el Romanticismo se destaca «la excentricidad entre razón y voluntad y toma partido por esta última. Ella es la que mantiene nuestra identidad frente a la naturaleza exterior y frente a cualquier sistema cerrado, sea racional o teológico». Y por ello aparece una nueva figura opuesta a la «ilustrada del “experto”» en la «romántica del héroe, creador individual que está por encima de los estándares reconocidos de valor porque es él quien crea el valor».

61. También el idealismo de Hegel (siguiendo a Herder) intentará mantener todavía un complejo equilibrio entre subjetividad y racionalidad. Saliendo al paso de la general desconfianza de los románticos

como una trágica dualidad esta novedad, pues es a la vez infinitamente liberadora (el sujeto lo es todo) y terriblemente dolorosa (el sujeto resulta amenazadoramente condenado a la soledad, al vacío axiológico, incluso a la nada existencial). La tremenda ambivalencia del Romanticismo surge de la percepción de una dualidad que, a pesar de ser estrictamente moderna, pasó en gran medida desapercibida por los ilustrados antes de Rousseau.⁶²

Llegados aquí, no podemos seguir por el momento esa compleja e interesante evolución que tenemos que considerar ya como «postrromántica» y «postilustrada». Ello es así, al menos en tanto que períodos o conceptos «epocales», aunque quizás no en tanto que tendencias esenciales y eternas en la condición humana. Tanto en un caso como en otro, sin duda el conflicto entre Ilustración y Romanticismo (tan bien representados en el pensamiento de Kant

ante su dialéctica racionalista, Hegel los caricaturiza en las figuras de la «mala infinitud» (el anhelo de infinitud tan insaciable que se cierra en un círculo vicioso sin posible descanso ni ningún verdadero logro –pues inmediatamente debe destruirlo–) y del «alma bella» (aquella subjetividad que se considera tan pura y sublime que nunca encuentra nada real que esté a su altura). Muy al contrario, Hegel exige la necesidad de la reconciliación con lo real (viendo lo racional que en él hay) desde la perspectiva de la astucia de la razón (de origen más kantiano que herderiano). A través de ésta, el gran sujeto cósmico (el espíritu universal) puede realizar sus objetivos universales y racionales precisamente mediante «portadores» movidos por sus particulares impulsos e instintos. Hay que decir que, a pesar de las muchas y tempranas críticas, tal apuesta especulativa ofreció el sistema o visión omnicomprendiva todavía hoy más amplia y ambiciosa, así como originó la larga estela de la razón dialéctica que, a través del marxismo, ha llegado a nuestros días.

62. Aunque, como hemos mostrado, tal dualidad ya existía en la Ilustración. Así lo atestiguan también la famosa *Dialéctica de la ilustración* de Horkheimer y Adorno, y mucho antes las críticas de Nietzsche y Max Weber.

y Herder) continúa siendo vigente y es imprescindible para entender nuestra situación a inicios del siglo XXI. Pues ciertamente tras ellos se rompió «ese único gran molde –la *philosophia perennis*– que había guiado, de un modo u otro, la marcha de la humanidad hasta entonces»,⁶³ quedando abierta la compleja hidra de muchas cabezas que constituye nuestra contemporaneidad.

Nuestra actualidad, que puede ser calificada exactamente como Dickens⁶⁴ describe a la época en que –precisamente– hemos centrado este libro (para simplificar: alrededor de la fecha «revolucionaria» de 1789): «Era el mejor de los tiempos y el más detestable de los tiempos; la época de la sabiduría y la época de la bobería, el período de la fe y el período de la incredulidad, la era de la luz y la era de las tinieblas, la primavera de la vida y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos y nada poseíamos, caminábamos en derechura al cielo y rodábamos precipitados al abismo». Dejamos al amable lector que ha venido siguiéndonos hasta aquí el decidir qué es qué en la actualidad: dentro de los avances incuestionables y, aparentemente, imparable del positivismo y del pragmatismo (no necesariamente filosóficos), del dominio de la tecnología, la econometría y la especialización científica, del progreso económico y en las posibilidades de consumo; así como el avance de la angustia, el desconcierto, la sospecha, el descreimiento y el nihilismo que hay detrás de la crisis de valores iniciada con la decadencia de la Ilustración y del Romanticismo; pasando por la «muerte de Dios», el pesimismo, el *tedium vitae* y el

63. Berlin, 2000, pp. 186s.

64. Es el famoso inicio de su novela *Historia de dos ciudades*.

spleen que vinieron a llamarse la *maladie du siècle* y que hoy parecen sustituidos por la amenaza de un pensamiento único hegemónico, la postmodernidad, la sociedad del espectáculo y las interminables «muertes» de la historia, la filosofía, el sujeto, etc.